

Colección del humor

Marcelo Garbine

Índice

1 – El golpe que tomé en mis pelotas	02
2 – La doctora Rosa cobra € 190	12
3 – Doña Francisca no quiere jalar la cadena	20
4 – Las vaginas que nacieron en mi rostro	24
5 – Como acabar con el atraso y salir de la pobreza	34
6 – Traducción	46

El golpe que tomé en mis pelotas

Marcelo Garbine

I – El golpe:

Aquel japonesito era muy extraño... no... en verdad, no lo era. Era yo quien lo era y sufría bastante bullying por causa de eso. Todos tenemos prejuicios, pero cuando somos las víctimas, enseguida levantamos la bandera del contra. Yo vivía aislado, dentro de mi pedacito imaginario pueril, y cuando miraba para los lados y veía el mundo que existía, en realidad, me relacionaba poco, pero no siempre de una manera que se pueda tener orgullo.

Era el año de 1983. Mini Mingau Ácido estaba en pre-escolar. Durante la clase de educación física, hicimos una hilera para dar volteretas (vuelta carnero) en la colchoneta, como nos orientaba la tía Carmen.

La criatura de zaino rasgado, parado frente a mí, me miraba con el rabo de ojo, con cara de pocos amigos, que ambos no teníamos. No estaba gustando para nada, nada, nada de las burlas de Mingau.

– ¡Abre el ojo, japonés! Vas a estrellarte a la hora de hacer la voltereta (vuelta carnero).

– ¡Yo soy mestizo!

– Y japonés. Jajaja...

Los ojos del niño, que, me parecía más que otra cosa, un marciano, eran tan pequeñitos que parecían no existir y comenzaron a quedarse rojos y parecía que se le iban a salir. El samurái, que existía dentro del oriental, empezaba a molestarse: "¿Dónde estaba la dignidad de sus antepasados, que gritaban BANZAI y abrazaban una granada, antes de explotarse, durante la Segunda Guerra Mundial?" – bramaba su "yo interior".

Terminó el juego de las volteretas (la vuelta carnero) . Era hora de dividir los mocosos en dos equipos. El primero de la hilera se agachaba y corría, en cuatro, por debajo de las piernas abiertas de todos los otros miembros de su bando, hasta llegar al final. Cuando llegaba, también se ponía de piernas abiertas y esperaba de nuevo al primero de la hilera repetir el ciclo. El equipo, cuyos miembros concluyeran, integralmente, la trayectoria, por el túnel de piernas abiertas, sería el campeón. Y claro, caí en el grupo de "Banzai".

Y allá estaba Mini Mingau, viendo a los niños pasar, uno por uno . "¡Qué juego tan pesado!" – pensaba. Mi mollera infantil tuvo una idea para alegrar el ambiente, en la misma hora que llegó la vez al japonense. Cuando tuve la visión de la criatura, que vino de la tierra del sol naciente – donde las personas hablan una lengua toda complicada, que no se entiende casi nada o nada, y escriben unos garabatos muy graciosos – pasando por debajo, en aquella posición humillante, no tuve dudas: me agaché un poquito y me quedé con las manos preparadas, en posición de ataque. El "amarillito", cuadrúpedo por algunos segundos, pasó muy rápido, pero su pantalón se quedó en mis manos. Algunas fracciones de segundos transcurrieron hasta que se dio cuenta el "chinito" de lo ocurrido y viera la situación humillante en la cual se encontraba: estaba corriendo en cuatro patas... y en calzoncillos. La humillación era grande y la alegría era general en todo el grupo de niños de seis años de edad. Mini Mingau Ácido, ¿qué fue lo que tú hiciste?

Nakano era el nombre del pobrecito. Voy a dejar de nombrarlo, aquí, por apodos, antes que los "políticamente correctos" en guardia aparezcan para decirme que "no puede" y "cómo eres así, tú eres eso, aquello".

Nakano vino caminando, en cámara lenta, en mi dirección. Con una fisionomía seria y calzoncillo rosa. Mingau Ácido está con su pantalón en la mano. ¿Era para estar con miedo con miedo o para morirse de la risa? ¡Oh, duda cruel! Nakano se encargó de sanar mi incertidumbre. Un golpe en el medio de mis pelotas calló mis carcajadas.

– Bien merecido, Marcelo. – Fue la violenta sentencia de la tía Carmen. –
¿Quién te mandó a ridiculizar a Nakano?

Sí tía Carmen... el presupuesto de la señora fue ecuánime... más tarde, conocería, a través de las clases de historia, la famosa Ley del Talión: “ojo por ojo, diente por diente y... pelotas por pelotas”. Nada más justo vengarnos de quien nos molesta...

II – La consecuencia:

– ¡Hijo, vas a necesitar operarte tus huevitos! ¡El golpe de Nakano lastimó tus pelotas!

– ¿Eso es en serio, mamá?

A pesar de sólo tener seis años, me acuerdo como si fuera hoy: yo acostado en una camilla y de rodillas, siendo llevado por cerca de media docena de hombres y mujeres, con ropas y máscaras verdes, hasta la mesa de cirugía.

“¿Sarta de cobardes?”, pensé, “¿por qué ellos necesitan esconderse detrás de máscaras?”

Pero, ¡eran tan buenos. Viendo a aquel niño tan menudo, presto a operar su pelotica escrotal, todos esos adultos tenían el deber de sonreír, ser simpáticos y hasta hacer payasadas.

– ¿Cómo te llamas jovencito?

– Marcelo.

– ¿Sabes que vas a operar tus huevitos, jovencito?

– Sí, ya lo sé...

– ¿Y estás feliz?

– Creo que sí...

– Entonces dame un besito de piquito en la nariz.

– Creo que no...

La diversión, bruscamente, finalizó. Una muchacha del grupo de los enmascarados, vino en mi dirección con una inyección anestésica de tamaño descomunal.

– ¡No, no! ¡No quiero eso!

De repente la mirada benévola de los enmascarados perdió todo el brillo. Ya no era aquellos simpáticos. Dos de ellos me aguantaron. La muchacha continuó empinando aquella jeringa, con una aguja espantosa, y otro enmascarado levantó el dedo, en ristre, gritando:

– ¡Marcelo!

Ellos pensaron que estaban en frente de un niño medroso, común, pero no, ¡era Mini Mingau Ácido.

– Prefiero mejor aquella máscara para oler.

– ¿Máscara? ¿Prefieres la máscara?

– Sí, la prefiero.

Entonces, la muchacha bajó aquella inyección horrible y trajo para mis pequeñas manos una máscara de anestesia. La aseguré y di dos aspiradas en esa cosa. Antes de que pudiera disfrutarla y decir “qué rico”, me desmayé general.

¡Miren qué lindo, gente! Mingau Ácido era tan pequeño y ya sabía argumentar.

Me desperté al día siguiente, tomando suero y reclamando con mi mamá de porqué estaba así.

– Aguanta, hijo. Estando así no puedes moverte.

III – La venganza:

El tiempo pasa, seis años que pasaron volando. Mingau Ácido se transformó en un joven de doce años. Era 1989. El huevito que Nakano le golpeó tenía sus primeros vellos y el vecino del huevito ya sucumbía a los encantos de las muchachitas.

El profesor de ciencias dividió el aula en grupos de seis alumnos para la realización de un trabajo escolar. Les dije bajito acuatro de mis colegas de grupo:

– En el mismo grupo que Nakano yo no quiero estar.

– ¿Por qué? – preguntaron los cuatro, a coro.

– Porque me golpeó una de mis pelotas, seis años atrás, y tuvieron que operarme.

– Pss... entonces te quedaste estéril. – Lamentó sarcásticamente, Ramón.

– ¿Yo? ¿Qué es eso? – Se asustó Mingau.

– Qué nunca vas a poder tener hijos y, cuando cumplas dieciocho años, tu pirulito no va a subir más. – articuló Esteban, su previsión apocalíptica.

– Eso mismo Mingau. Si yo fuera tú, trataría de aprovechar todo lo que pudiera, ahora. – manifestó, en su turno, Juan, dando su opinión.

– Estoy de acuerdo con Juan, Mingau. – concluyó Pedro. – Y si yo fuera tú, mataría a golpes a ese japonés.

Mingau Ácido era inocente y creía en todo lo que le decían. El japonés merecía tener su venganza: ojo por ojo, diente por diente e... pelotas por pelotas.

– ¡Nakano, eres un mierda, esto es por mis hijos!

O japa cayó, extendido, en el suelo del aula. Estirado y con cara de quien se había hecho caca en los pantalones y, gritó:

– ¡EN LOS HUEVOS NOOOOOOO!

Pasaron unos veinticinco años. Ya es 2014. Busqué a Nakano en el Google y descubrí que se tornó un avicultor, criador de pollitos en incubadora.

Son los caprichos de la vida...

Mingau Ácido (Marcelo Garbine)

La doctora Rosa cobra € 190

Marcelo Garbine

¿Qué es lo que nos hace distintos de los animales? El raciocinio, por supuesto. El mío, lo valoro mucho por su utilidad pública y porque me doy cuenta de los esfuerzos y milenios empleados por la señora Naturaleza; su desarrollo, ocurrió por medio de duras penas que se les impuso a nuestros antepasados para entregármelo en bandeja de plata, según explica Charles Darwin.

Ojalá no haya ningún descendiente de los perfumados Adán Pijo y Eva Pija, pues soy oriundo de los sucios y malolientes monos.

Tuve la suerte de nacer en el último cuarto del siglo XX y por llegar a mi segundo decenio de vida enganchado, con un gran entusiasmo, bajo los dominios del internet. Pero con el paso de los años ¡vaya amigo, fue muy duro!

¿Cuántas veces el hombre primitivo, ya sedentario, se rompió la cabeza hasta entender que la súplica a los dioses no haría que los animales se multiplicaran en los cercados? Bueno, el pueblo era como los animales.

¿Y por qué demonios los prototipos de seres humanos resisten tanto en utilizar el asado que tardó miles de años metido en el horno? El encéfalo ya está listito, hermosito, envasadito, en una cajita craniana relativamente segura, listo para utilizarse en cualquier momento, siempre que se le necesite. No gasta luz y tampoco paga alquiler. Su mantenimiento es extremadamente placentero. Al fin y al cabo, ¿a quién no le gusta comer y respirar?

De hecho nuestra azotea nos somete como a un centinela y cuando estamos siempre disponibles, perdemos el respeto. A las mujeres no les gustan los hombres empalagosos y solícitos (necesito contenerme...) y los falsos amigos nos creen idiotas buscando que los apoyemos a las dos de la mañana.

Quizás, tal circunstancia propicie a tan subordinado cerebelo que se le maneje como un títere felpudo por la gente que desconoce su evolución. Oye tío, dame un respiro...

Por esto inventaron algunas barbaridades, como: “quien con hierro mata, a hierro muere”, “quien no tiene caballo, se monta en un buey”, “a quien siembra vientos, recoge tempestades”, “quien vive de refranes es un cabrón”.

Sin embargo, lamentablemente, los refranes están más allá de la estancada sabiduría popular que sigue de generación en generación. Hay muchos

animalitos de un lado a otro por ahí que necesitan almacenar en cajas sus discursos hechos , dentro del cerebro, y tirarlos como pedos, siempre que se dirigen a otros bípedes.

Aquí, yo hablo con mi heterónimo “Gacha Ácida”, mi insoportable alter ego, aburrido, irónico y sarcástico, que bauticé con otro nombre y me lo aparté creando otro yo.

Sin embargo, alguien que me conoce sabe cómo soy sensible, romántico, poeta, creo en la humanidad y en el amor incondicional. ¡Ay!

De ahí se puede imaginar el porcentaje de mi renta malgastada con terapias de todo tipo y cursos de desarrollo personal. ¿Y el costo - beneficio? ¡Eh! ¿Va a llover? ¿Hace calor, verdad? Vale, no me pongas mal. Te lo diré. Además, malgastar dinero con promesas de crecer como persona, busco ocultar de mí el costo- beneficio pues es una mierda.

Un célebre escritor y doctor en neurolingüística amigo de mi amigo, me recomendó una psicoterapeuta en Alcobendas (vivo en Madrid).

Tomándolo en cuenta, devoré con ganas ,todas sus publicaciones. Ni siquiera pensé dos veces para firmar el compromiso de una cita por semana en el

suntuoso consultorio de la Doctora Rosa C.... Allí estaban sus estanterías y cristaleros rellenos de libros, un balcón soleado con vista al parque Andalucía, y además pagar € 190 cada sesión, incluso el desplazamiento para la consulta con la dicha psicóloga cognitiva – conductual.

– Doctora, ¿Me puede hacer un descuento para € 153?

– ¡Vete a pedirle plata a tu madre!

– ¡Vale! Quizás las cortas y estúpidas respuestas (más estúpidas que cortas) compongan la terapia. A ver qué pasa.

– Doctora, me encanta el denodado “Payaso que huyó del circo “: un niño circense que nació discapacitado y, con ochos años, empieza a desarrollar sus primeros emprendimientos y... - pasados dieciocho minutos – Han publicado su historia en la revista Tú S.A. y, que después ganó el premio emprendedor del año.

Ella movió los labios, solo a la izquierda y, sin mover la cabeza, dirigió los ojos hacia el techo y exclamó:

– Es un CASE de éxito.

– Doctora Rosa, admiro también a otro emprendedor que solo tenía € 15 para comprar medicinas para su hija. No obstante, decidió comprar dulces para revender. Casi dos horas después, tenía el valor de la medicina para su hija y € 80 más. Eso pasó hace un año y pico, y hoy en día hace conferencias para ejecutivos.

Ella paró de ver sus uñas para exclamar una vez más:

– Otro CASE de éxito...

– Doctora C..., en un sueño, yo soy dos empresarios, a la vez. ¿Qué significa?

Se encogió de hombros de manera casi imperceptible

– No significa nada. Un puro es solo un puro.

– Doctora, pienso que no soy un CASE de éxito.

Me miró con los ojos muy abiertos.

– ¿Qué lástima, no?

– Doctora, ¿Cuál es el sentido de la vida?

Afinó demasiado la voz, antes de lanzarme una más de sus frasecitas :

– ¡Ah! Me apetece comer a las cinco de la tarde.

– Doctora, mañana es el “día D” de mi vida y tendré la decisión más importante que ya me exigieron...

– Miguel, se acabó su tiempo. ¡Suerte! La próxima semana me cuentas cómo lo concluyó. Pídale el recibo a la secretaria.

– Doctora Rosa C..., mi nombre es Marcelo, no Miguel.

– Hasta el jueves, Marcelo.

Regresé a Madrid un poco enojado. No suelo hacer comentarios sobre las cosas, pero esperaba más. Preferí hacer borrón y cuenta nueva.

El hecho me hizo acordarme de una exnovia, que todavía no sé porque la perdí. Teníamos todo para ser una pareja de éxito.

Los que me aconsejaron, dijeron : lo que tenga que ser, será. ¡Ay!

Me dijeron los espiritistas que “pedí para reencarnar así” Los creyentes, “que es la voluntad de Dios”, y los ateos, “que la vida es un juego”.

Sin embargo, fueron muchos espiritistas, muchos creyentes y muchos ateos que pronunciaron idéntica revelación. ¿Habrían firmado un acuerdo? No, no, exagerar es incompatible con mi estilo.

Llegué a mi casa y llamé a un amigo, aquél que es amigo del célebre neurolingüista.

– ¡Hola, Pablito! Tuve una cita con la psicóloga de Alcobendas, y no me gustó.

Tras media docena de segundos, él exclamó:

– A lo hecho pecho.

Mingau Ácido (Marcelo Garbine)

Doña Francisca no quiere jalar la cadena

Marcelo Garbine

El otro día, mientras miraba la TV, me encontré con una declaración mediática que se oye con frecuencia: “La tercera guerra mundial ocurrirá como consecuencia de la escasez de agua en el planeta Tierra. Es necesario que economicemos su uso para que no falte en 2044”.

¡Aplaudamos esa falacia!

Es fácil comprender que el desperdicio tenga como consecuencia la limitación del recurso en determinadas regiones. En la actualidad, lo desperdiciamos y haremos frente a las consecuencias en las siguientes semanas. Pero a esta agua desperdiciada, los impetuosos rayos solares la calentarán, y así, dará lugar al fenómeno del pasaje de estado líquido a estado gaseoso. Las nubes negras inundarán el cielo y lloverá de esa misma agua.

La rejilla del baño todavía no escurre el líquido sagrado hacia la otra dimensión ni siquiera para el Gigante Atlas, ni para los cuatro elefantes, ni para la fuerte tortuga que entre todos sostenían el medieval mundo aplanado.

Hay que explicarles a los tendenciosos esa confusión genérica de que la contaminación de los ríos no tiene nada que ver con que las duchas queden corriendo agua más allá de lo necesario.

Caray. ¿Esto es en serio? ¿Y quién tiene didáctica suficiente para explicarle a doña Francisca?

¡Se lo creyó! Y le habla al marido y a los cuatro hijos que no es necesario tirar de la cadena cada vez que van a hacer pipí. Dos gotitas de limpiador líquido dentro de la taza del baño resuelven el problema. Sólo de cada diez veces que se hace pipí, ella permite que se tire la tan soñada cadena. Pero cada vez, no. ¡De ninguna manera! Con la caca sí, pero con el pis no.

El hijo más joven de doña Francisca preguntó:

– Madre, ¿no es mejor solamente dejar de tirar la cadena si el pis es transparente y sólo tirarla cuando sea amarillo?

Pero doña Francisca es cabeza dura:

– Cállate, insolente. No eres quien paga las cuenta (sic).

Fue entonces cuando un periodista re renombre de una famosa radio ecológica de la capital madrileña hizo el favor de visitar a doña Francisca y recogió su declaración que se difundió por los aires y ensalzó los dispositivos de radio de los madrileños. Las doñas Francisca se proliferaban como conejos por todo el municipio de Madrid y las humildes moradas se quedaban con ese olorcito al bar de Antonio.

Imagínense la satisfacción de las amas de casa cuando descubrieron que, además de ahorrar en la factura del agua, no sólo contribuían a la prevención de la tercera guerra mundial, sino que también tendrían a sus maridos más tiempo dentro del hogar, debido a que no necesitarían cruzar la calle para deleitarse en el bar de Antonio. El sentido del olfato ya brindaba esa sensación de estar allí.

Y el periodista continuó:

– Doña Francisca, además de controlar el flujo de agua en su propio hogar, también ayuda que los vecinos hagan lo mismo.

¡Doña Francisca! ¡Doña Francisca! ¡Encima de que su propia casa es una inmundicia, también molesta a los vecinos, doña Francisca! ¡Vaya a ver el

pronóstico del tiempo para ver si va a llover en el Sahara, doña Francisca! Si en 2044 va a haber una tercera guerra mundial, yo no lo sé, pero a la compañía de pasta dental no le pareció malo. Sólo al retrógrado de Antonio le pareció malo.

Oye, Tony... con unos ocho clientes menos, se te va a hacer difícil pagar la cuenta del agua...

Ya le encargué al profesor Ciro Peraloca un artefacto: un silenciador de descarga. De esta manera, la adepta de doña Francisca, que vive aquí al lado, no tocará el timbre de mi casa para venir a molestarme.

¡Déjeme que tire la cadena en paz!

¡Oiga, doña Francisca! ¿Sabía que en la TV dijeron que comer mierda es bueno para salud? Va a matar dos pájaros de un tiro: ¡va a ser beneficioso para su salud y todavía tirará menos de la cadena!

Mingau Ácido (Marcelo Garbine)

Las vaginas que nacieron en mi rostro

Marcelo Garbine

Esa mi manera de pensar demasiado, sumergido en mi mundo introspectivo, me cuesta un precio exorbitante. Me sobra poco tiempo para realizar las tareas básicas del día a día, como: mantener mi casa limpia, tomar una cerveza, saludar al vecino y tomar baño.

Mientras me cambiaba para ir a dar una conferencia, me di cuenta que no había un maldito calzoncillo limpio en la gaveta. Mi casa es oscura, porque las lámparas fundidas no son sustituidas. Comúnmente maldigo, sentado en la taza sanitaria, sorprendido por el fin del papel higiénico. Una voraz reflexión toma cuenta de todo mi ser: si Dios fue de verdad caprichoso a punto de haber diseñado un cuerpo humano tan perfecto, ¿porque rayos no se esmeró un poco más y nos dio un intestino capaz de producir heces con una consistencia mayor, excrementos engomados, para no diseminar suciedad?

Y entonces, ¿qué se diría, de una tarea un poco complicada como afeitarse? ¿qué? ¿qué no es complicada? Puede ser desconcertante, pero aquellas tareas sencillas para todo el mundo para mí son muy complejas.

Mi barba es muy gruesa y crece muy rápida. Y de ahí me acostumbré a delegarle esa función a terceros. Perdí, completamente, la habilidad con la cuchilla de afeitar.

Dicen que todo en exceso no es saludable. La regla vale, por experiencia personal, para cuestiones mayores, como: reflexión, composición y creación. Y vale, también, para oficios más modestos, como el de barbero.

Un barbero es un especialista muy útil. Y gracias a él es que no caigo en la desgracia de tener que exhibir una colección de vaginas artificiales en mi cara, al meterme a desempeñar un arte que no domino: la habilidad de manosear una cuchilla de afeitar. No obstante basta que un barbero sea, solamente, un barbero, sin cometer el exceso de ser un barbero barbero. Barbero barbero es un barbero que hace paragüerías.

Treinta y cinco o cuarenta pesos es una bagatela. Pagaría hasta cien pesos para que me hicieran mi barba. Si hubiera profesionales de ese orden en el mercado, pagaría hasta para que me cepillaran mis dientes.

Aprendí, en la facultad de economía, que esa diferencia entre los cien pesos que yo estaría dispuesto a pagar para cortar mi barba y los treinta y cinco pesos que, efectivamente, me cobran, se le llama excedente del consumidor.

Como veo todo por el lado positivo, cuando le pago a mi barbero, no me siento gastando treinta y cinco pesos. Me acuerdo del excedente del consumidor y, con eso, me siento ganando sesenta y cinco (espero que mi barbero no lea esta crónica). Entonces “mato dos políticamente correctos con un único sarcasmo”: evito que mi rostro de bebé sea corrompido por una gama de vulvas creadas por mis manos inhábiles y, de modo concomitante, gano sesenta y cinco pesos ¡Hurra! Es la típica alegría de bobo, pero... por lo menos, lo asumo.

El problema no está en remunerar por el servicio, sea lo que haya que pagar. El problema es lo que recibo a cambio de mi dinero trabajado. Es triste, sin embargo, es la realidad: no importa lo que paguemos, lo difícil es encontrar un técnico capacitado, en cualquier área, que nos haga sentir aquella sensación de que el capital fue bien empleado.

Empleados de aquellos hoteles en que uno siempre se hospeda – y cree que va a ser respetado, no sólo por la razón de estar pagando, sino, principalmente, porque los “pasa tarjeta” por allí – son mal educados.

Es irrelevante que en los últimos tres años haya ido a ese hotel más de noventa veces. Aún así, la camarera toca en la puerta del cuarto, al mediodía en punto, para preguntarme si ya voy a salir, o si voy a pagar otra diaria,

¡caramba, qué fastidio! Y no vale la pena argumentar. Es peor. Uno se estresa sin remediar nada.

Por ejemplo, la señora Valentina de la limpieza de un hotel en el Vedado, Habana, en el cual me hospedaba a menudo, puso su dedo en mi nariz y me dijo que yo no había limpiado bien mis pies, al volver de la calle.

– Ave María, señora Valentina, con todo el respeto que le tengo por sus canas y su dignísimo trabajo, no fue mi intención de entrar con mis zapatos sucios. Perdóneme, por favor. Pero creo, también, que no merecía gritar de esa manera conmigo. A fin de cuentas, no estoy aquí de favor, estoy pagando caro por el hospedaje.

Me miró sarcásticamente y me dijo:

– Ja, ja, ja! Usted no sabe lo que es caro, mi amooooorrrrrrrrr. – Entonando con fuerza la erre para desdeñarme aún más.

Parece ser un infortunio nacional esa deficiencia en la oferta de costo-beneficio para un cliente que sueña con el día en que será bien tratado al recibir un servicio por el cual está pagando.

Es igual a cuando uno come una hamburguesa pestilente y toma un Tropi-Cola caliente en una cafetería de mala muerte en la carretera y el dependiente no permite que pague con tarjeta de crédito o débito, alegando que ese medio de pago se reserva apenas para aquellos que consumen más de cien pesos cubanos; prometo que nunca más voy a pisar en ese antro de cafetería ordinaria. Y paulatinamente, me doy cuenta que hice esa promesa en decenas de cafeterías y bares de las cuales fui, gratuitamente, expulsado.

Y ahí hombre, me enfrento con un infeliz dilema: o paso hambre o rompo mi promesa y vuelvo a aquella covacha, con el rabo entre las piernas, y aún teniendo que aguantar al dependiente, de brazos cruzados y una sonrisa sarcástica, mirándome con la nariz estirada, satisfecho por verme de regreso, implorando para que me venda una mierda de una hamburguesa y pagando al contado con dinero vivo.

Siendo así, es claro que los servicios de un barbero no serían distintos. El señor Carlos era el barbero más cercano de mi casa. Era un viejo de casi ochenta años que estaba comenzando con el mal de Parkinson. Y no era que por loco iría a un lugar de esos, pero si no me resta tiempo para ir al supermercado y, casi todos los días, gasto un ojo de la cara realizando compras en la panadería de al lado de mi casa, ¿tú crees que tendría alguna posibilidad de salir por ahí buscando un mejor barbero? Si solo resta él, ese mismo acepto.

Quería librarme de aquel bicho de alambre que germinó en mis cachetes y alrededores.

La Biología no me apetece, pero cuando iba en un mutilador de cerda, clamaba por la palabra “mitosis” con la voz engolada en un fuerte tono.

– Aféitame ahora, sr Carlos.

– ¿Qué..., qué dijiste, mijo?

– ¡QUÉ ME AFEITES, SR CARLOS!!!

– Aaaaah... entendí.

El sr Carlos se arremangaba las mangas, hacía lo posible para enderezar su espalda curva, y hacia lo alto levantaba la asustadora navaja. Y en ese preciso momento es que yo empezaba a escuchar la clásica música de Alfred Hitchcock tocando de fondo. ¿Será que ese lazarino va a meter esa mierda en mi ojo? Y, entonces, el sr Carlos bajaba aquel puñal – ¡digo-! – la navaja.

Él ponía su cuello para atrás y sacaba la lengua, erguía la navaja encima de su cabeza y aterrizaba la mano con fuerza y precisión: ¡uuuuuuuuuuuuooooooooommmmmm... zas!

Tenía la proeza de arrancar el pelambre de mi rostro, pero junto mutilaba un bocado de piel. Mis ojos bombásticamente amedrentados no querían ver aquella escena, sin embargo, el sr Carlos no tenía la mínima misericordia, no me concedía clemencia y golpeaba la navaja nuevamente: ¡uuuuuuuuuuuuooooooooommmmmm... zas!

El ruido de la navaja del sr Luis bajando se parecía con aquel del dibujo animado de Papaleguas, en la medida que el coyote se despanzurraba del abismo. Y allá se iba otra tajada de mi semblante.

El sr Carlos era un viejo, chocho, caduco y semimuerto, sin embargo, no era un hombre malo. Viendo el miedo estampado en mi cara, usaba toda su psicología senil, vencía su catatonia, y, para intentar relajarme, me preguntaba, qué pensaba yo sobre el gobierno de Fidel (estábamos en Cuba en la década del 2000).

Considerando que el sr Carlos había nacido en el año de mil novecientos y...,en el año de la corneta y era un fervoroso católico que odiaba a los

comunistas ateos – y, en su cabecita, Fidel era un terrible y dictador comunista – yo no hubiera sido loco de alardear que estaba contento con el triunfo de la Revolución en Cuba y que por primera vez habría justicia social.

Gustándome la historia y estando consciente de que atravesamos períodos tiránicos en los cuales las oligarquías subyugaron al pueblo, sea directamente, por la política del garrote en las manos de dictadores, o, indirectamente, por la política del buen vecino de EEUU, estaba felicísimo por un hombre que llegó para representarnos en Cuba a partir de 1959.

Y claro que, en mi inocencia, no podría adivinar que Lech Walesa, diría tanta veces la muletilla “yo no sabía”, mientras escándalos, como el de la empresa Provimar, asolarían a nuestro país en un caso de corrupción y antes, los terribles efectos de la perestroika. Yo tenía muchos deseos de revelar que – aunque no fue el único caso de corrupción a lo largo del período revolucionario – nunca en la historia de este país tuvimos un presidente justo en el Poder. Aún así, no soy tan insano. Si el sr Carlos me fulminaba sin yo contrariarlo, imagine si le hablara bien de la vedette Rosita Fornés.

– Sr Carlos, creo que es un absurdo que Fidel haya sido re-electo tantas veces, pero estoy más preocupado con estas probables cicatrices que el señor ha dejado en mi ceño.

– Por su cara está corriendo sangre, pero eso es normal. Mijo, eso sale. Una vez fui atropellado y se me quedó esa cicatriz aquí, pero ya casi está saliendo.

– ¿Y cuánto tiempo hace que fue atropellado, sr Carlos?

– Casi treinta años, mijo.

– Toma doscientos pesos, sr Luis, y me deje ir de aquí, ¡por el amor a Dios !

Y fue gracias al sr Carlos, que pude quedarme excitado, frente al espejo, hecho todo un narcisista, observando todas aquellas salientes vaginas que brotaron de mi rostro.

Lo que había intentado impedir, al no afeitarme yo mismo y buscar la ayuda de un experto, acabó por suceder

Mingau Ácido relájate y goza, a la moda de los Van Van, ya que no hay otro modo.

De verdad, de verdad, les digo: esto sirvió para alguna cosa: después de este episodio traumatizante, tuve que viajar para dar un curso en Cienfuegos, centro sur de la isla. Como tenía a mi novia y la relación era seria, en la época, y soy extremadamente fiel, pasé aquellos ocho días completamente en seco. No obstante, cada vez que iba al baño, podía verme en el espejo y regocijarme de placer con las siete vaginas que el sr Carlos abrió en mi frente.

En la ocasión, hasta compuse unos versos para distraerme:

Al mirarme al espejo

apenas veo mi reflejo

Y en la falta de mujer

Con él hago sexo.

Tan solo el espejo y yo, en el baño sucio de aquel hotel de mala muerte. Pero estaba formidable.

– No para! No para! No para! Oye!

Mingau Ácido (Marcelo Garbine)

Como acabar con el atraso y salir de la pobreza

Marcelo Garbine

I – El problema:

El otro día tuve que sacar una fotocopia de mi cartera conducción para apelar a una multa de tránsito. Fui a la papelería, cerca de casa, y enfrenté una pequeña cola. Frente a mí, un sujeto, que aparentemente tenía cinco años menos que yo, me dio conversación.

Era un indiano que hablaba muy mal el español. No suelo dar atención a personas con charlas sin importancia, pero vi que el extranjero tenía contenido. Como considero curioso la historia de las religiones orientales y la cultura diferente del sistema de castas, empecé preguntándole sobre el hinduismo. Y me respondía solícitamente con largos discursos y una sonrisa irradiante en el rostro.

Enseguida, descubrí que él tenía la misma formación académica que yo. Cursó economía en Londres. El tema fue de la teología a la política monetaria, sin embargo, sin demora y como siempre, versó sobre un tema universal.

¿Fútbol? Uuuuuyyyyy... se equivocó, amigo. Es casi eso, pero no es...

Parafraseando una letra de música de mi autoría (propaganda engañosa de este cara dura): “(...) sobre todo lo que pasó / Mi equipo nunca anotó un gol / No tengo equipo ni parasol / Odio crímenes y balón (...)”.

Listo, lo asumí– corriendo el riesgo de ser impopular – pues el fútbol no es mi playa. Entonces, ¿cuál era el asunto?!Qué mierda! Di algo, Marcelo! Desembucha!

¿Qué es casi fútbol? Simple: mujer.

El conterráneo de Mahatma Gandhi inició narrativas acerca de sus peripecias como Don Juan. Me dijo que nunca salía con amigos para sentirse más libre para flirtear con las mujeres y no tener el trabajo de buscarlas acompañado de amigos. Resaltó que – según él – la presencia de más de un hombre frente a una mujer podía confundirla. Entonces, simplemente, dispensaba la compañía de otro macho y así garantizaba la hora de partir para el ataque y divertirse con la próxima fémina.

Hasta ese momento, yo estaba aprendiendo un poco más con relación al complejo universo femenino, sin embargo, ya estaba empezando a irritarme con aquella prosa.

Sabe... nunca fui “aquel hombre”. Tengo cara de nerd y, así como Dylan Baker, uso lentes... lentes...

Disculpa inconsistente de quien batalla para caramba con el propósito de alcanzar – una media – al finalizar el trimestre, un saldo de apenas unas cuatro vaginas consumadas.

Tanto sacrificio para, finalmente, conmemorar: "CONSUMMATUM EST!".

Y, con mucha suerte, a veces poder gritar: "CONSUMMATUM EST OEST!".

Chiste seudointelectual que sólo los lectores que conocen un poco de latín o de la biblia van a entender. O Google está ahí. Busca, mi hermano.

Al inicio, me mostré como si fuera un cogedor, pero enseguida, sudé frío y mi sonrisa amarilla acabó denunciando que no pasaba de un calabacín.

¿Quién aquí ya vio la película “El virgen de cuarenta años”? Bueno... no llego (gracias a mi buen Dios) a ese estado virginal tan extremo del personaje, gran

actor Steve Carell, pero ante la revelación de Hare Krishna comedor, me sentí humillado. ¡Qué mierda!

¡El hombre me contó que cogía de ocho a nueve mujeres por semana! ¡Qué condición distante de mi realidad!

"Oh, vida tonta!" – como decía mi finado abuelito.

Y, como si no bastara, todo arrogante, empezó a señalar y decir:

– ¿Ves aquella, allí, de lentes oscuros?, ya la cogí. Aquella que me acabó de sonreír, también. La de verde, fue mía, también, pero hace tiempo, unas tres semanas...

– ¡Detente amigo! – le dije – ¡Para el baile, por favor! Dime, rechazador de carne de vaca y apreciador de la carne humana del sexo femenino, ¿cómo haces para conquistar tantas vulvas? Sé solidario y cuéntame.

– Pero tú eres más viejo que yo – espetó Hare Hare, con una fisionomía irónicamente ingenua – debes tener más experiencia.

Voy a dejarlo de lado, mañana voy a resolver eso. Es muy degradante para quien aún insiste en ser tomado a serio, al menos, un poco...

– ¿Quiere saber de una cosa, indiano maldito? La Cachemira debía ser dominada por Paquistán, imbécil!

II – La solución:

Y pensar que, a los quince años – en aquella fase de la masturbación que la gente tiene la necesidad vital de colocar la esperma del rabo para fuera – y apelaba pal carajo, llegando al colmo de prometer casamiento para la hija de doña Isolina.

Doña Isolina trancaba a su hija Bartira – ya con veinticinco años (muy vieja para una adolescente de quince) – bajo siete candados.

La muchacha era tan horrible que Doña Isolina moría de miedo dejarla salir a la calle y la chica ser insultada. Pobre Bartira...

En el glamour de su primer cuarto de siglo de existencia, nunca había besado en la vida. Ningún hombre gritaba "RICURA ¡SIGH! ¡AINS!, para la pobre Bartiriña.

Pero aquí, Marcelito enfrentó! Estaba feo el negocio...

Cuando doña Isolina salía, a las seis horas de la mañana, para abrir su verdulería llena de ratones, yo saltaba el muro de aquella vieja casa e iba al encuentro de la feúcha Bartira.

Todos los días, la encontraba llorando, lamentándose por ser la muchacha más fea del barrio. Daba un trabajo consolarla. Eso me costaba, en lo mínimo, unos treinta minutos de preliminares hasta Bartira ceder.

– No llores, Bartira, tú eres linda por dentro. Tan maravillosa como tu nombre. Si los hombres no ven tu belleza, es porque el problema está en ellos y no en ti.

Era una labia fofa, pero con Bartira funcionaba. Paraba de llorar y yo mandaba cohete. ¿Qué iba a hacer? Era lo que tenía para el momento. Mejor así que estar cinco contra uno... Cójase por amor a la patria. Un hombre con coraje es la mayor grandeza...! Hurra!

Pero la desgracia no se restringía exclusivamente a las ojeras semejantes a las de Enrique San Francisco ni a la nariz parecida con la de Adrien Brody. Bartira soñaba en entrar en la iglesia vestida de novia y velo. Y yo tenía que prometerle que tendría el honor de ser su hombre por el resto de nuestras vidas. ¡Qué suplicio! Y Bartira creía... y cedía.

Bartira poseía sus cualidades. Si nada es perfecto, también nada es totalmente imperfecto. Ni aún la repulsiva y fea Bartira. Cerraba mis ojos y pensaba: "Es Sharon Stone y vamos hasta el fin".

Digamos que – tomando el debido cuidado para no caer en la vulgaridad – Bartira era hábil para manifestarse con su cavidad bucal sin necesitar hacer uso de la voz. Y entonces todos sus defectos desaparecían como por arte de magia.

A su ínfima estatura se le unía su hendidura labial bien aproximada a la materialización de mi ímpeto predestinado a contribuir con la continuidad de la proliferación de la especie humana en el Planeta Tierra. Lo que – dígase de paso – facilitaba bastante las cosas.

Los ojos torcidos y bizcos de la dulce criatura parecían una sensual mirada en su vaivén, mirando de lado con esos ojos coqueteantes, llenos de luz y alegría, elevando su figura.

El exagerado cuello, cuestión muy ventajosa, funcionaba como un muelle propulsor con el cual Bartira podía ser más ligera.

Los escasos dientes de Bartira contribuían para que yo no me hiriera.

La cabeza plana de Bartira era óptima como un porta vaso de Coca-Cola.

Y las orejas de abano de Bartira servían y cómo, de agitadoras, de las cuales me agarraba, una en cada mano, para agitar a la pobre Bartira e incentivarla a aumentar la velocidad.

Desde temprano, aprendí a ver el lado positivo de las circunstancias. Por eso, tengo deseos de escribir un libro de autoayuda. ¿Ustedes comprarían un libro de autoayuda escrito por Marcelo Ácido?

Dejando esa pesquisa de mercado para otra hora, vamos a volver a Bartira.

Dulce Bartira...

Era una linda tarde y Bartira se mostró más difícil que de costumbre. Me dijo que no podría ceder porque estaba menstruada.

Un escalofrío tomó cuenta de toda mi columna vertebral. Hacía tres días que no saltaba aquel muro zarrapastroso y no podría irme de aquella casucha sin soltar algunos millones de espermatozoides por allí.

– Bartira, Bartirita, ¿existe alguna cosa más bonita en este mundo que una mujer menstruada, Bartira? La menstruación es la esencia femenina. Es la exteriorización de lo que hay de más expresivo en la naturaleza de una mujer.

Los ojos de Bartira brillaron y entonces hubo los primeros movimientos de quien acosa. Sólo que titubeó un poco más.

– Marcelo, ¿yo te gusto de verdad?

Uyyy... no soy un canalla, detesto la mentira. Pero precisaba, necesitaba mucho, consumir la decadente Bartira, por lo menos, una vez más.

– Bartira, amable Bartira, ¿aún no te diste cuenta de eso? – respondí con una mirada lánguida.

– Ay, Marcelito, ven acá...

Listo, misión cumplida. Bartira fue utilizada, con clase, por última vez.

III – El aprendizaje:

Al día siguiente, estaba sentado en el banco de la plaza del barrio, conversando con mis amigos, cuando veo, a media luz, surgiendo del horizonte a la notable Bartira.

Ella había pasado con su pintalabios un centelleante rosa. ¡Puaf! Se hizo los rayitos en su pelo crespo, vistió una mini saya roja que doña Isolina debe haber comprado en una feria a través de alguna troca por quimbombó y repollos, y calzó unos zapatos de tacón alto rojo, tan altos, que Bartira casi consiguió llegar a un metro cincuenta y cinco de altura.

¡Ay, ay, ay! ¡Qué constreñimiento..!

– ¡Hola Marcelo! ¡Cómo es bueno encontrarte por aquí!

– Dime, Bartira... – Le dije, bien secamente.

– Marcelo, ¿Tú no me dijiste que yo te gustaba?

– No, Bartira, solamente te pregunté si no habías dado cuenta de eso, o sea, en ese caso, si no te diste cuenta que no, que no me gustas.

Bueno... es claro que no me vanaglorio de eso. Para decir verdad, me siento bastante avergonzado por haber invocado de esa forma. Pero prefiero, eventualmente, partir el corazón de alguna lectora que, por ventura, esté apasionada por mí, que perder el chiste. Ácido, como siempre, pero gracioso.

Confieso que mi pecho aún duele, un bocado, toda vez que me acuerdo de la cara de Bartira cubierta de lágrimas.

Es desgarradora la imagen que tengo guardada en mi memoria de los poros gigantes y abiertos de su faz – que más parecían cráteras volcánicas – y de sus espinas, que se quedaron encharcadas con el néctar oriundo de su harto canal lacrimal.

Pero, después de rezar media docena de ave marías y padre nuestros, me absolví con la justificación de que la culpa era de mis inquietas hormonas juveniles.

Va aquí un consejo para las mujeres: hagan un curso de interpretación de textos, si no, las señoritas serán engañadas e iludidas.

Y, hoy, usted aprendió, con Marcelo Ácido, como acabar con el atraso y salir de la pobreza

James Hunter, Daniel Goleman, Allan Percy y Pierre Dukan que se cuiden.
Mercado de libros de autoayuda ¡allá voy! ¡Hurra!

Mingau Ácido (Marcelo Garbine)

Traducción

"El golpe que tomé en mis pelotas"

"Las vaginas que nacieron en mi rostro"

"Como acabar con el atraso y salir de la pobreza"

Escritor: Marcelo Garbine Mingau Ácido

Traducción: Maria Teresita Campos Avella

"La doctora Rosa cobra € 190"

"Doña Francisca no quiere jalar la cadena"

Escritor: Marcelo Garbine Mingau Ácido

Traducción: Maribel Pacheco